

## **Lo descriptivo en la *Topografía médica de las islas filipinas* (1857) de Antonio Codorniu y Nieto**

**SYLVIE TURC-ZINOPOULOS**

UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE - CRIIA

sturczin@parisnanterre.fr

1. El prólogo de la *Topografía médica de las islas filipinas* de Antonio Codorniu y Nieto (1817-1892) fecha la composición en el 5 de Octubre de 1853 en Manila. Pero el autor, Jefe de Sanidad Militar, «alcance de su nombramiento de Viceconsultor médico con destino a Ultramar» (Olmedilla y Puig, 1892; 37), la publicará en Madrid en 1857 de vuelta a la Metrópoli al cabo de una estancia de doce años (Codorniu y Nieto, 1864; 18) por resentirse su salud del clima tropical y de un exceso de trabajo en la «Perla de Oriente». El volumen no es una obra literaria pero se vale de la retórica descriptiva literaria. A la inversa el método científico que pone en práctica emulará la literatura realista y modelará más tarde la teoría naturalista de Emile Zola inspirada en la *Introduction à l'étude la médecine expérimentale* (1865) de Claude Bernard, otro doctor, y expuesta en *Le roman expérimental* (1881) texto en el que el francés declarará: “Le plus souvent, il me suffira de remplacer le mot “médecin” par le mot “romancier”, pour rendre ma pensée claire et lui apporter la rigueur d'une vérité scientifique” (Zola, 1881; 2). Precisamente, a mediados del siglo XIX, la *Topografía médica* de Antonio Codorniu ya ambiciona semejante rigor y verdad científica en las observaciones que registra en el terreno filipino que recorre para “extender informes sobre asuntos de higiene pública” (1857; 11). De tales observaciones nace un relato multifacético según las posturas que adopta el narrador –alternativamente viajero, médico, militar– en el que se entrecruzan relatos de distintas índoles unificados por una voluntad superior de ponerse “al servicio de la Patria y al bien de la Humanidad” (Codorniu y Nieto, 1857; 6). Nos detendremos pues en lo descriptivo, en el sentido de enunciado descriptivo, que constituye la materia prima del texto. Así, tras una necesaria contextualización, procuraremos definir este concepto. Luego destacaremos los medios retóricos que convoca para responder a la necesaria legibilidad que espera el lector y veremos sus límites; nos interrogaremos sobre los discursos que vehiculiza pese a la objetividad que profesa.

Por fin, desentrañaremos el tema focal de esta clase de enunciado, a saber: el hombre.

## 1. Contextualización

---

2. Antonio Codorniu y Nieto Samaniego, quien será recibido por la Real Academia Nacional de Medicina como Académico de número el 28 de febrero de 1864, inscribe su filiación a la vez patrilineal e intelectual ya desde el umbral del texto de la *Topografía médica*, en la “Dedicatoria”, en la que rinde un emocionante homenaje póstumo a su padre que acaba de desaparecer el 18 de julio de 1857, Manuel Codorniu y Ferreras (1788-1857) cuyas numerosas distinciones honoríficas enumera. Ha seguido los pasos en la carrera soldadesca de su abuelo, el doctor Manuel Codorniu y Vidal fallecido en el asalto de Tarragona dado por las tropas napoleónicas el 28 de junio de 1811 (Guerra, 1973; III) y pertenece al Cuerpo de Sanidad<sup>1</sup> Militar del que “el autor de [sus] días” fue el Director General de 1847 a 1856. Hereda del modelo paterno el gusto por “la difusión de las Luces en las ciencias, en particular, en el campo de la medicina” (Martínez Domínguez, 2010; 91) que da una tonalidad seria y crítica a su volumen. Cruza los dos océanos para alcanzar las posesiones del Imperio español de la reina Isabel II (1843-1868): de niño cuando sigue a su padre a Méjico y de joven cuando, tras recibir el grado de Doctor en medicina en marzo de 1843, parte para las islas Filipinas en 1844. Hombre de pluma —es descendiente del P. Antonio Codorniu, autor de la *Filosofía moral* y del fabulista Félix María Samaniego— publica artículos científicos en el *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia*, periódico fundado por su padre en 1834 del que es redactor de 1839 a 1843 —en Manila dirigirá *La Estrella*—. Como su genitor, publica obras médicas: un *Compendio de Historia de la Medicina* con José María de la Rubia (1841); traduce al castellano el *Ensayo de filosofía médica y de generalidades en la clínica médica* (1841) de Jean-Baptiste Bouillaud y la *Terapéutica y Materia Médica* de Trousseau y Pidoux (1841-1842). En cuanto a la *Topografía médica de las islas Filipinas* (1857) le valdrá la Cruz de emulación científica en 1858 y se considerará su obra maestra por su novedad y su rigor científico.

1 La denominación ‘Sanidad Militar’ se refiere “al servicio médico, quirúrgico y farmacéutico del ejército de tierra” (Martínez Antonio, 2006; 445).

3. En efecto, el tomo se define como un trabajo de campo, una fuente de primer orden basada en las observaciones de un hombre de ciencia sobre tierras poco conocidas en aquella época, inhospitalarias, de difícil acceso. Pero Antonio Codorniu no comenta casi las dificultades encontradas para centrarse en su objeto que consiste en dejar constancia de lo que ve con la mayor objetividad. Para descubrir lo callado cabe consultar el retrato que esboza de él José Sánchez en *Escenas contemporáneas* (1858; 85):

[...] visita a las provincias del Sur y Norte de aquellas islas, penetrando con tal motivo en los sitios más despoblados, en bosques y montes incultos, y valles habitados por tribus salvajes, las que pudo observar de cerca, tomando interesantes noticias acerca de su organización, índole y costumbres, lo mismo que sobre la conformación de los terrenos y situación de las provincias más lejanas.

4. Sin embargo, el científico no respeta siempre la impersonalidad esperada y de vez en cuando se inmiscuyen en el texto descriptivo breves alusiones autobiográficas en primera persona del singular o del plural de tipo: “Desde mis<sup>2</sup> primeros viajes por las diversas provincias de la grande isla de Luzón en 1845 y 1846, comprendí [...]” (Codorniu y Nieto, 1857; 9) o bien, “Los malayos, cuyo tipo puro hemos examinado en la isla de Java en 1844 y en Joló en 1851, son [...]” (1857; 27), testimonios que certifican el origen de la información proporcionada; garantizan la veracidad de las observaciones hechas *in situ* y confieren a su enunciación la autoridad del detenedor del saber.
5. La consulta del catálogo de la Biblioteca Nacional de Madrid muestra que varias obras similares se publican alrededor de los años de 1850 en España como la *Topografía médica y enfermedad reinante de la villa de Medina del Campo: precedida de una reseña histórica de la misma* de Antonio Población y Fernández (1851), la *Topografía médica de la ciudad de Málaga* de Vicente Martínez y Montes (1852), la *Topografía físico-médica de las Islas Baleares y en particular de la de Mallorca* de Fernando Weyler y Laviña (1854), entre otras. Estos títulos programáticos evidencian una voluntad de entender las causales de la naturaleza para hacerse dueño de ella y mejorar la salud pública. Antonio Codorniu, en cuanto a él, se focaliza en las Filipinas. Para mayor claridad, fiel al método científico, define para el lector el concepto de “topografía médica” que maneja: “La palabra *topografía* se deriva de las voces griegas *topos* (lugar) y *grafos* (yo describo): indica pues la descripción exacta y detallada de una localidad”

2 El subrayado es nuestro.

(1857; 15). Significa que escritura y descripción se confunden en un mismo acto; se delimita el *quid* del discurso por una parte, y por otra, la adjetivación puntualiza el *quomodo* que descarta la fantasía a favor de la mimesis. El autor recalca la especificidad de la topografía médica como “descripción relativamente a las condiciones que influyen sobre el cuerpo humano” (1857; 16). El anuncio de la librería científica Bailly-Baillère, calle del Príncipe, publicado en el *Diario oficial de avisos de Madrid*, el 23 de febrero de 1858 (4), presenta tales “modificadores” que dan lugar a una enumeración genérica:

*Topografía médica de las islas Filipinas* o sea descripción de su clima, alimentos, descripciones, vestidos, percepciones, movimientos y de cuantas condiciones influyen en la salud y la vida de sus habitantes, comprendiendo una estadística muy útil para comprobar la salubridad respectiva de las provincias, y la influencia del país en las diferentes razas de hombres; [...] Obra necesaria para todas las personas que deben pasar a aquellos remotos dominios, y para todas las autoridades que de algún modo tengan que influir en el fomento de su riqueza y bienestar.

6. El periodista apunta la originalidad de la obra que radica en el carácter fidedigno de sus aportaciones sobre el terreno, inéditas en aquella época. El testimonio de Eduardo Pérez de la Fanosa, Subinspector de primera retirado, referido en su artículo necrológico sobre Antonio Codorniu, pone énfasis en la incontestable utilidad de la *Topografía médica* cuando relata su lectura ávida durante sus largos meses de navegación hacia Manila sobre “cuanto convenía saber” (1892; 43-48). El volumen satisface pues la curiosidad y llena un vacío convirtiéndose en obra clave del momento. No obstante existían en la bibliografía española escritos sobre las islas filipinas: pensemos en las *Cartas al Rey Don Felipe II: sobre la expedición, conquistas y progresos de las islas Filipinas* (1565) del conquistador Miguel López de Legazpi<sup>3</sup> (1502-1572); el *Viaje político-científico alrededor del mundo* (1794) del explorador Alejandro Malaspina (1754-1810) — sin publicar hasta 1885—; *Estadismo de las Islas Filipinas, o mis viajes por este país* (1803 – 1805) del Padre Joaquín Martínez de Zúñiga (1760-1818) —se dará a luz en 1893—; e incluso, el informe en 1842 de Sinibaldo de Mas i Sans (1809-1868).

3 Funda la ciudad de Manila en 1571. «[Manila] Su puerto era el lugar de encuentro e intercambio entre Japón, China, el archipiélago malayo y la costa occidental de Latinoamérica, lo que situó a la ciudad en el centro de una incipiente economía global», (Guardiola, 2007; 32).

7. “*De-scribere* —advierte Philippe Hamon— rappelons-le, étymologiquement, c'est écrire *d'après un modèle*” (1993; 48). En este sentido, el propio Antonio Codorniu menciona sus fuentes como la *Flora de Filipinas. Según el sistema sexual de Linneo* (1837 y 1845) del Padre Blanco (1778-1845), hipotexto de la parte botánica de su tomo del que adopta el estilo y la nomenclatura biológica (1857; 133) del Agustino y confronta las observaciones del religioso con las suyas (1857; 144) instaurando un diálogo al servicio del progreso de la ciencia. Alude igualmente al P. Juan de la Concepción, “sabio recoleto”, y a su *Historia de Filipinas* (1857; 164). No son de extrañar las citas de los trabajos eruditos de misioneros en la medida en que tienen ellos un gran conocimiento del terreno donde se implantan para cristianizar a las poblaciones autóctonas.
  8. Todos estos escritos más o menos veraces generan un imaginario entre los lectores de la Metrópoli sobre el Archipiélago. Por eso, empezará Antonio Codorniu por situar, desde la “Introducción”, “el grupo de las islas filipinas” en el mapa con el enunciado descriptivo austero de las cifras que lo anclan en la realidad matemática: “Consta poco más o menos de 1200 islas, que se extienden desde los 123°,42 hasta los 132°,20 longitud del meridiano de Cádiz<sup>4</sup>, y desde los 5°,28 hasta los 18°,45 latitud del hemisferio boreal, no incluyendo las islas Babuyanes y Batanes que alcanzan hasta los 21°. Comprenden una superficie total que puede valorarse en 75,000 millas cuadradas” (1857; 13). Se dibuja un mundo cuadrulado, ordenado, en que encaja cada elemento para mejor encorsetar la fantasía, típico del siglo XIX, amigo de la clasificación.
  9. Pero la sequedad de los datos no ofrecerá tanto aliciente como el grabado exótico del *Semanario Pintoresco Español* de 1857 que representa a un moro de Joló comparado con “el tigre o la pantera del desierto que acecha a la víctima que pretende inmolar, [...] y con prontitud sin igual, descarga el golpe de su terrible *campilan* que por lo regular no necesita repetirse” (De la Concha, 1857; 239). Tras el costumbrismo oriental asoman los conflictos reales que sacuden el dominio filipino y explican la presencia de militares españoles e indios para sofocar “el problema moro” en Mindanao y Joló cuyas poblaciones islamizadas rechazan la cristianización y lanzan ataques en las costas. Antonio Codorniu acompañó al general Urbistondo como Jefe de Sanidad en la expedición de Balanguingui y Joló de 1851. Tie-
- 4 Considerado como el meridiano cero de 1753 a 1884 antes de la elección de el de Greenwich.

rra de conflictos —sin contar con los provocados por la expedición española de 1830 que propiciaría las “ideas de desvío y emancipación<sup>5</sup>”—, no favorece por ello la carrera militar como lo subraya Eduardo Pérez de Fanosa asombrado de que un “joven tan instruido, tan perfectamente educado, y tan a propósito de llegar en breve a una posición brillante, se aventuraba a ir en busca de lo dudoso, abandonando lo cierto, y emprendía un viaje arriesgado a países entonces poco menos que desconocidos, y a los que solo iban los maltratados por la suerte o desairados de la fortuna” (1892; 43).

10. Antonio Codorniu sentiría la atracción de la aventura, de unas tierras donde todo estaba todavía por descubrir y por describir. Unas tierras que ocupan una posición geopolítica de primer orden para el Imperio isabelino al desarrollar una economía de intermediación entre Asia, América y Europa a través de la ruta del galeón que unía Manila y Acapulco y Cádiz. Tales relaciones comerciales aparecen en el enunciado descriptivo de la *Topografía médica* mediante comparaciones valorativas o no, cuando el médico botánico habla por ejemplo del cacao de Filipinas puntualizando que es “oriundo de América” y añade de pasada que es “en [su] concepto tan bueno como el Caracas superior” (1857; 34). Al respecto la Sección “Modificadores bromatológicos” da una idea de dichos intercambios a nivel cultural y proyecta la imagen de una sociedad multirracial. Así es el caso del CAMOTE: “En Filipinas se conoce en más de treinta especies de camote, de las cuales unas son indígenas y otras oriundas de China o de América. Se crían en tanta abundancia, que constituyen uno de los alimentos más usuales de la clase pobre, de los indígenas, y de los chinos avecindados en el país” (1857; 145).

11. Cuando embarca Antonio Codorniu para Manila en febrero de 1844 con el entusiasmo de la juventud ya ha podido consultar la bibliografía disponible publicada sobre el Archipiélago más o menos fantaseada, leer la prensa que da noticias de él o ver los grabados pintorescos que propone de la colonia hispana. En el terreno, sus obligaciones profesionales de Jefe de Sanidad Militar le imponen la redacción de informes y plasma él todas las observaciones hechas con ocasión de sus numerosos viajes por las islas en su libro. Elige un tipo de literatura científica particular, adaptado a su objeto: el de la topografía médica, común en el siglo XIX, que pretende examinar las causas que pueden influir en la salud de los habitantes de un

5 Véase El Filipino, *El Heraldo* (Madrid), número 432, 11-XI-1843, p.1-2 al que contesta Un Castila en *El Corresponsal* (Madrid), número 1583, 23-XI-1843, p.1-2.

determinado lugar. En cuanto a la forma, da su preferencia al enunciado descriptivo propio de las ciencias.

## **2. Lo descriptivo en *La Topografía médica de las islas filipinas***

12. En la enunciación se confunden el autor y el narrador. Resulta de tal situación una voz narrativa intradiegética y homodiegética con un punto de vista omnisciente. Se trata del discurso de un forastero respecto a las Filipinas, un español de la Metrópoli, quien, desde una supuesta superioridad racial, echa una mirada distanciada sobre el entorno y las poblaciones autóctonas a las que considera inferiores. Lejos de la imparcialidad, legitima una visión marcada por la ideología colonial como lo vamos a ver.
13. Pero si la voz de Antonio Codorniu domina en el tomo, pasa a veces a segundo plano voluntariamente para dejar la palabra a otros narradores. De ahí que se multipliquen las voces en textos engarzados, inclusiones sin reescritura que crean una intertextualidad fuerte a modo de diálogo entre científicos. Cada aportación seleccionada por el autor principal contribuye a enriquecer el conocimiento de la topografía médica de las islas filipinas y el libro se convierte en medio de difusión más amplio de un saber reservado al público más restringido de las autoridades españolas. Sobre el particular, el “informe de D. Manuel Rancés [que] se escribió en el año 1845” resulta ejemplar. Antonio Codorniu entabla un intercambio con su colega alegando que “deduce el doctor Rancés resultados análogos a los nuestros” (1857; 291). Así en la última parte del volumen titulada “Sección V. Estadística médica”, los trabajos de campo de los dos investigadores sobre la salubridad de las distintas islas y sus consecuencias sobre la mortalidad se complementan. El lector se entera de quién está hablando gracias a una nota a pie de página: “Los datos, cálculos y explicaciones que se incluyen en este número, son copiados del informe inédito de Manuel Rancés e Hidalgo” (1857; nota 1, 329) y la reproducción exacta del discurso se señala por el uso de comillas a lo largo de las páginas. Un rápido cómputo muestra que la voz narrativa del doctor Rancés ocupa un tercio del texto (números Primero, Cuarto, Quinto, Sexto, Séptimo): son 27 páginas sobre las 81 de la Sección sin restar las páginas del “Número Tercero” que reúne la “nota o parte oficial remitido por algunos Jefes de provincia al superior Gobierno de las

islas en los años de 1847 y 1848” entre los cuales, Pedro Encina y Pedro Zárraga. En suma, el narrador principal gestiona las voces ajenas de científicos o de funcionarios que reproduce literalmente para incorporarlas en el texto como pruebas que corroboran sus propias observaciones en el terreno filipino. De este modo se forma una comunidad del saber alimentado por datos de varias procedencias fiables que se refuerzan mutuamente.

14. Pero ¿a qué destinatario se dirige el enunciado descriptivo de la *Topografía médica*? Cuando se consulta el índice llama la atención la diversidad de los enfoques abordados, propios, como lo señala el Dr. D. Joaquín Olmedilla y Puig en su reseña biográfica de Antonio Codorniu, “de fijar la atención, no sólo del médico, sino del historiador, del higienista, del hombre de gobierno, del industrial, del agricultor, del zoólogo, botánico y de todo el que quiera tener conocimiento de aquella tierra española” (1892; 43) —y podríamos añadir del militar. Como se deduce el público potencial es amplio, esencialmente masculino, ilustrado, más bien español o filipino de las clases superiores, aficionado a las ciencias y/o interesado por promover el desarrollo económico y modernizar la administración de la lejana colonia hispana. Hasta despierta la obra el interés de los extranjeros según la anécdota referida por José Sánchez sobre una petición de una sociedad de fomento estadounidense a la Real Sociedad Económica de Manila que pidió “se la remitiese [un] escrito de interés en que se manifestasen las circunstancias especiales de Filipinas” y recibió la *Topografía* “aún inédita [...]” trabajo, el más a propósito para el objeto pretendido, y donde además se daba a conocer su país de una manera científica y en términos cual nunca antes lo había sido” (1858; 89). Más allá del suceso, el reconocimiento oficial del valor de la obra incrementa la confianza de los lectores en las observaciones hechas en el terreno y por ende aureola al narrador-autor, quien viene a encarnar la figura del sabio, objeto de respeto en el siglo XIX por contribuir al progreso de la Humanidad.

15. Antonio Codorniu pasa por un científico competente que deriva su legitimidad de sus funciones de médico y de militar pero sobre todo de su trabajo de campo. Justifica su obra por una palabra clave, “la ignorancia”, puesta de realce en la frase de apertura del preámbulo: “Desde mis primeros viajes por las diversas provincias de la grande isla de Luzón en 1845 y 1846, comprendí la ignorancia que reina aún en la misma capital de Filipinas acerca de las condiciones particulares de las localidades lejanas, y acerca de la índole y costumbres de sus habitantes” (1857; 9). El contenido

del enunciado descriptivo en su totalidad va a suplir tal carencia de datos y opondrá a “las descripciones inexactas” (1857; 10) “las buenas descripciones”, “la descripción exacta y detallada” (1857; 11). Pretende restablecer la verdad y combatir los cuentos falsos que el autor califica con desdén de “patrañas” (1857; 10) como —primer ejemplo aducido del imaginario del hombre “civilizado”— el fantasma de la zoofilia, o sea, “los impúdicos amores de las mujeres salvajes con los monos” (1857; 10).

16. Lo que da unidad a la diversidad del discurso es el objeto del enunciado descriptivo, el pantónimo, en torno al cual se construye. Éste surge de manera estratégica en el título programático con el sintagma “las islas filipinas” y se duplica como primera palabra de “La explicación de voces y abreviaturas”: “ARCHIPIÉLAGO (El)” que fija el marco espacial (cuadro exterior) a la par que define el contenido del libro (cuadro interior). Antonio Codorniu le invita al lector a que entre paulatinamente en la obra mediante tres textos liminares que le preparan al periplo hacia el distante dominio español.
17. “La explicación de voces y abreviaturas” corresponde a la primera etapa: la de la información. Equivale a una especie de vademécum indispensable para que el acompañante entienda lo que se va a observar, se familiarice con un mundo extraño. Adopta la forma de un glosario. Paradójicamente en un texto que convida al movimiento, se trata de un momento de inmovilidad, inacción necesaria para adquirir el saber impartido por el autor que se hace pedagogo. La nomenclatura pinta una población multirracial en el concepto de la época: se toma la palabra “raza” como criterio de clasificación. Este primer enunciado descriptivo categoriza y el orden alfabético curiosamente enfatiza la jerarquización entre los distintos grupos humanos: llegan primero los españoles y cierran la lista los negritos, pasando por una multitud de mestizajes posibles. Al exotismo visual se añade la rareza auditiva de la enumeración de los idiomas: “el tagalo, el pampango, el pangasinan, el iloco, el vicol, el visaya y otros” (1857; 7). La preterición “y otros” deja imaginar lo difícil de la aprehensión de una realidad plural e inédita para un metropolitano. Luego con su vademécum, puede el lector embarcarse y las abreviaturas de los puntos cardinales que cierran la lista léxica evocan la rosa náutica y los mapas marítimos.
18. Durante la dificultosa navegación de varios meses por el cabo de Buena Esperanza sin tocar tierra hasta Singapur o la isla de Java, este lector

se enterará del preámbulo —palabra que elegimos para decir tal pre - ambulación. En esta segunda etapa, Antonio Codorniu le explica al compañero de viaje el objeto de la *Topografía médica* nacida de un deseo de llenar un vacío sobre las Filipinas desconocidas con descripciones exactas de la realidad observada por sí mismo y de “las condiciones que influyen sobre el hombre” desde una perspectiva pragmática de fomento de la colonia hispana y de mejora de la vida de sus habitantes. Pero le desengaña de inmediato insistiendo en la exclusión de la imaginación en beneficio de la ciencia, de lo verosímil en beneficio de lo veraz.

19. “Aclimatado”, el lector ya puede poner el pie en el Archipiélago en el tercer texto preparatorio, el de la “Introducción” que, como lo indica la etimología, le conduce al interior de este mundo por describir. En este nuevo incipit, el autor delimita el espacio por recorrer a partir de la cartografía (longitud, latitud) y una serie de cifras (número de islas, de almas, superficie) que generan un discurso contable recurrente en la obra. Las Filipinas empiezan a existir gracias a la lista cardinal y a la lista ordinal de la división administrativa tripartita que reúne las 35 provincias del país. No obstante la clasificación enumerativa plantea un problema de legibilidad porque, sin mapa, no evocan nada las “Provincias al Norte de Manila”: “Bulacan, Bataan, Zambales, Pampanga, Nueva Écija, Nueva Vizcaya, Unión, Pangasinan, Ilocos Sur, Abra, Ilocos Norte, Cagayan, Islas Batanes” (1857; 14). El enunciado descriptivo moviliza un saber geográfico que no tiene forzosamente el lector.
20. Contrabalancea tal discurso árido, de puro informativo, otro enunciado descriptivo narrativo propiciado por la frase introductora: “El aspecto general del país es sorprendente ” (1857; 14); discurso mucho más ameno, con nuevas enumeraciones que realzan la fertilidad de las islas y hacen hincapié en la paradoja de esconder “al lado de este tesoro de bienes los pródigos repartidores de terribles males” (1857; 14). Esta vez, el lector dispone de un *stock* léxico que le permite visualizar “el arroz, el cacao, el coco, el algodón, el añil, el azúcar, la pimienta, el jengibre, la nuez moscada, el inapreciable abacá<sup>6</sup>, el sibuca o madera de tinte, y el mejor tabaco del mundo después del más escogido de Cuba ” (1857; 15).

6 DRAE “Abacá” 1. m. Planta de la familia de las musáceas, de unos tres metros de altura, originaria de Filipinas, y de cuyo tronco se saca un filamento textil. Véase un geroglífico que se le consagra en la *Ilustración Filipina*, Año 1, núm. 13, 1-IX-1859, p. 112; solución en el núm. siguiente del 15-IX-1859 :«El abacá es planta que da riqueza a las filipinas» (p.120).

21. En los tres textos liminares, la aproximación progresiva al pantónimo (el Archipiélago), muestra un enunciado descriptivo a distintos niveles según el esquema actancial de Greimas: a nivel del tema (las Filipinas), del objeto (conocerlas) y en las distintas “Secciones” de la obra se hallará también a nivel de los oponentes (los indígenas insumisos, el clima, el relieve, etc.) y de los adyuvantes (los españoles, los “hijos del país”, las autoridades, las regiones ricas, etc.). Invade pues la totalidad de la narración. Cabe ahora ver cómo procede.

## **2. Los medios de lo descriptivo convocados**

22. Dado el espacio de este artículo, no imitaremos la tentativa de exhaustividad de Antonio Codorniu sino que sólo destacaremos algunos de los recursos retóricos más paradigmáticos de la *Topografía médica*.

23. Como Pausanias (c. 110-180) en su *periégesis* de Grecia, Antonio Codorniu adopta la postura del guía en su recorrido por las islas Filipinas. Surge una descripción en movimiento a la que se incorpora el lector deseoso de aventura y de saber. Así en el Capítulo III “De la tierra”, se unen en una misma progresión narrador-autor y lector, reunidos en la primera persona del plural, para compartir una idéntica experiencia de incursión en la selva del Archipiélago:

Pero dejemos esa campiña [...], y penetremos en esos bosques dilatadísimos, que cubren una gran parte de las Islas; recorramos por medio de algunos mal señalados senderos [...]; caminemos por espacio de diez, doce o catorce leguas a la sombra de corpulentos árboles, bajando y subiendo por laderas en los terrenos montuosos, vadeando infinidad de arroyos de cristalinas aguas, atravesando pantanos y recorriendo por el borde de profundos precipicios cubiertos siempre de verduras; y entonces conoceremos toda la fuerza de la vegetación que cría y sostiene la superficie del suelo filipino (1857; 96).

24. Tanto el enunciado performativo como los gerundios escenifican el avanzar trabajoso; ritman la progresión llena de obstáculos; traducen la lucha con el mundo vegetal y el terreno accidentado. Se podría interpretar esta penosa marcha como la metáfora del trabajo intelectual posterior a la expedición científica del que el Jefe de Sanidad tenía una clara consciencia “al escribir [sus] observaciones, porque no ignorando las dificultades que para esto encontraría, apreciaba en su justo valor los esfuerzos que serían

precisos para vencerlas” (1857; 11). Al adentrarse en los bosques, se adentra en el conocimiento del espacio filipino.

25. La segunda secuencia del enunciado descriptivo muestra las tres funciones cardinales en la práctica descriptiva tales como las define Philippe Hamon (1993; 72) en la medida en que Antonio Codorniu clasifica, nombra y se extasía ante lo que observa —y retrospectivamente ante lo que está describiendo al compartir su placer con el lector:

Los árboles de grandiosa corpulencia se presentan dejando apenas lugar a otros más pequeños. La narra con sus enormes raíces ofrece en sus huecos habitaciones a los naturales; el camagon, el alintatao, el malacapai, el ébano, el molabe y otras especies de árboles de madera preciosas se suceden sin cesar; frutales de diversos géneros, bambúes enormes, vistosos arbustos llenan los espacios que aquellos dejan; y como si aun esta tierra se encontrase deseosa de dar más alimento y vida, se cubre en toda su extensión de infinidad de plantas menores, entrelazando los árboles una multitud de bejucos que el viajero se ve precisado de continuo a cortar para abrirse paso. Tal es el aspecto que presentan los bosques que cubren la mayor parte de la tierra en Filipinas; tal es el espectáculo que personalmente hemos admirado en nuestros viajes por el interior de las Islas (1857; 96-97).

26. Aparece uno de los principales recursos utilizados por Antonio Codorniu: la típica enumeración que propicia el discurso científico catalogador. En esta lista botánica se entrecruzan la precisión del nombre cabal con la indeterminación de lo genérico para sugerir una impresión global de profusión. Bien se trata de entretejer elementos heterogéneos lo mismo que se “entrelazan” las diversas especies vegetales y de abrirse camino para progresar en la lectura en un enunciado descriptivo de la exuberancia y de la confrontación con lo desconocido —¿qué es el malacapai?—. Sin embargo, al final de este *morceau choisi*, a pesar de la fascinación que ejerce el exotismo, no pierde el descriptor la reserva que corresponde a un médico militar.

27. En el pasaje, el enunciado descriptivo patentiza las competencias léxica y enciclopédica de Antonio Codorniu al servicio del discurso científico. Pero se notan otros usos de la taxonomía. A nivel de la macroestructura, influye la clasificación de Carl von Linné (1707-1778) —retomada por el Padre Blanco (1778-1845) en *Flora Filipina*— que jerarquiza las categorías (reino => divisiones => clases => órdenes => familias => géneros => especies). La estructura de la *Topografía médica* se inspira en tales subdivisiones (Sección => capítulo => párrafo => grupo => apartado). De este modo el texto se despliega a compás de la complejidad del tema abordado

mientras se dibuja una arborescencia. Las ramificaciones aparecen también a nivel de la microestructura. Si tomamos el ejemplo del plátano, el enunciado descriptivo que le consagra el autor se inserta en la clasificación lineana: pertenece a la Sección III. "Modificadores bromatológicos", "Capítulo primero. Alimentos del reino vegetal", § I. "Frutas", "Tercer grupo. Frutas azucaradas acuosas". El apartado forma parte de una lista de otras frutas sin orden alfabético que se desenrolla al consultar las distintas definiciones más o menos amplias regidas por 4 criterios: el tamaño, el sabor, el aspecto y la digestibilidad. Presenta la peculiaridad de incluir a su vez su propio inventario con la mención de 16 variedades sobre las 57 que existen en las islas Filipinas. Como el fuelle de un acordeón, el enunciado descriptivo puede ensancharse gracias al engarce de nuevas divisiones, siendo el límite la extensión del saber del descriptor.

28. En tales enumeraciones botánicas, Antonio Codorniu se vale de la nomenclatura binomial de Linneo con la mención en latín de la especie. En nuestro ejemplo, habla del plátano *musa paradisiaca* y puntualiza con el plátano obispo (*musa paradisiaca compressa*); el plátano gloria (*musa paradisiaca ternatensis*), etc. (1857; 137). El latín, idioma de las ciencias, incrementa el prestigio de la catalogación y del autor capaz de dominarlo. Es también la lengua de la medicina y el doctor no se olvida de citar a Hipócrates a quien rinde homenaje pero a quien cuestiona igualmente al oponer la teoría a la confrontación con el terreno. A su manera, el Jefe de Sanidad Militar que recorre el Archipiélago despolvorea el habla de los antiguos y lo renueva con su espíritu crítico en sintonía con la Ilustración y un siglo XIX que aspira al triunfo de la verdad y de la exactitud de los datos.

29. Por eso rechaza Antonio Codorniu las impresiones como las de "los viejos o personas antiguas en el País" (1857; 54) que explican la irregularidad de las lluvias esperadas en el mes de junio como consecuencias de las erupciones volcánicas de 1814. Las descarta apoyándose en sus propias observaciones sobre la salud de los habitantes cuando éstas llegan a tiempo. O bien rectifica las ideas fantásticas de los europeos que creen "que los chinos comen los nidos de golondrinas, cuya extravagante idea ha sido acogida por los novelistas" (1857; 154). Sugiere que la *Topografía médica* no tiene nada que ver con una obra de imaginación; se atiene más bien a una realidad poco apetitosa y desengañadora: "El nido es una sustancia gelatinosa, formada por un mucus concrecible, que depone o vomita en su nido un pájaro cuya especie no está bien determinada" (1857; 154).

30. El descriptor científico no varía de enfoque: procura “sellar con el sello de la experiencia” aquellas verdades y recurre a “las pruebas aritméticas” (1857; 331). De ahí que aproveche la estadística y su escritura numérica. Primero lamenta la ausencia total de datos matemáticos “tan necesarios para formar juicio acerca de un país” (1857; 10). Recordemos que su coetánea, Florence Nightingale (1820 - 1910), enfermera británica durante la guerra de Crimea (1853-1856), adopta una aproximación moderna de la sanidad con la utilización de la estadística. Ante la carencia de datos para la topografía médica de Filipinas, el descriptor emplea en su obra “estados” como partes integrantes del enunciado descriptivo.
31. El primero que descubre el lector es el “que indica la temperatura máxima, mínima y media en la ciudad de Manila en uno de los años regulares” (1857; 56). Aborda un tema relevante porque el calor es un potente agente modificador de la salud. Entonces Antonio Codorniu adopta la postura de “médico observador” (1857; 122) capaz de determinar el influjo del clima sobre los organismos con objeto de determinar las causas de las enfermedades constatadas y los medios de defensa posibles. El cuadro constituye un perfecto ejemplo de taxonomía con una clasificación en 6 columnas verticales (Meses, Horas, Temperatura máxima, Temperatura mínima, Temperatura media según la hora, Temperatura media mensual) y 12 horizontales (los meses del año) y una repartición tripartita de las columnas 2, 3, 4 y 5 debida a la toma de dichas temperaturas en 3 momentos del día: “6 de la mañana”, “12 del día”, “5 de la tarde”. Un marco de raya negra espesa delimita nítidamente el espacio numérico separándole del resto del texto, a modo de otro *morceau choisi* extraíble. Fruto de un trabajo concienzudo, el estado es un condensado del enunciado descriptivo que se consulta más que se lee. Incluso, éste se puede reducir pasando directamente a la 6ª. columna, quintaesencia de los datos anteriores. Celebra el triunfo de los hechos y de la concisión que hacen de la topografía médica una ciencia exacta. Ofrece la posibilidad de deducir qué período del año perjudica más el cuerpo con mayor probabilidad. Sin embargo, su condensación necesita un enunciado descriptivo complementario para su total comprensión: no resulta totalmente independiente.
32. Antonio Codorniu otorga tanta relevancia a la estadística que le consagra la última Sección de su libro (SECCIÓN V: «Estadística médica») con una clasificación ordinal especial de 8 números. En ella acumula los datos numéricos y los cuadros comparativos que comenta. Este aparato aritmé-

tico se convierte a la vez en instrumento y en método descriptivos para cuestionar un postulado generalmente admitido según el cual “deben ser más insalubres las localidades cuanto más próximas se hallan al Ecuador” (1857; 291). Va a demostrar lo contrario en la medida en que las provincias de las islas Filipinas “que se hayan más al Sur del Archipiélago, es decir, las correspondientes a las islas Visayas, gozan a pesar de su más baja latitud, de las mejores condiciones” (1857; 322). Desde la perspectiva de la búsqueda de la verdad, tal tipo de enunciado descriptivo numérico había de triunfar por su eficacia si nos referimos al *Discurso leído en la solemne sesión inaugural del año de 1886 en la Real Academia de Medicina por el doctor D. Manuel Iglesias y Díaz académico numerario de la misma*<sup>7</sup> que lo confirmó.

33. Pero el registro de las observaciones plantea un problema de legibilidad. ¿Qué entenderá un español de la Metrópoli de la enumeración siguiente: “Existen además otras muchas especies de aves comestibles, entre las cuales se pueden citar como alimentos de buena calidad, el *suliásig*, el *culiáuan*, la *maya*, el *gallo de monte*, la *paloma torcaz*, el *ánade* y la *cacatua*” (1857; 154). La lista erudita con sus términos indígenas en bastardillas queda infigurable, una catalogación inútil. En cuanto a la estadística, se convierte en exposición fastidiosa y su repetición produce una impresión de redundancia que da ganas de pasarla por alto. Por añadidura, conviene considerar la propia limitación del descriptor perceptible en diversas formas de pretericiones. Citemos este ejemplo que reúne varios impedimentos: “En la exposición de las sustancias alimenticias procedentes del reino vegetal, comprenderemos solamente las más principales y generalizadas en el país; pues nos sería imposible abarcarlas todas, porque abandonados a nuestros propios recursos no podemos hablar de ciertas especies únicamente conocidas en localidades aisladas, que no hemos tenido ocasión de visitar” (1857; 132). No olvidemos el cómodo “etcétera” que permite renunciar a la exhaustividad y acortar una lista: “[...] La higiene ha señalado como clasificación metódica para distinguirlas [las aguas] su división en aguas de lluvia, de hielo, de fuente, de río, de pozo, de lagunas, de estanques, de

7 “Comparando las diferentes provincias Filipinas, resulta que las situadas más al N. son las que tienen peores condiciones sanitarias; que las que se encuentran al S. de Manila son más sanas; y las mejores, por tal concepto, son las que están al S. del archipiélago, o sea las que corresponden a las islas Visayas, ; siendo la provincia más saludable de todas la que comprende las islas el Abra, y la más mortífera Nueva Vizcaya, ambas situadas al N. de Luzón” (Iglesias y Díaz, 1886; 168).

charcos, de canales, etc.” (1857; 189). En suma, el enunciado descriptivo es víctima de su ambición de decirlo todo.

34. Como acabamos de ver, desde la postura del médico observador, convoca Antonio Codorniu esencialmente en su discurso la taxonomía de inspiración linneana y la estadística para respetar la exactitud y la verdad científicas. Pretende desechar la subjetividad ateniéndose a los hechos. No obstante, ésta se inmiscuye en el enunciado descriptivo y sugiere otra lectura.

### **3. ¿Qué vehiculiza lo descriptivo?**

---

35. Cabe distinguir lo que atañe a lo fáctico de lo que pertenece a la percepción de un español de la Metrópoli ante la realidad filipina, hombre ilustrado transmisor de un discurso reformista como lo vamos a ver. Entonces el enunciado descriptivo exige un desciframiento para penetrar sus finalidades.
36. Desde el preámbulo de la *Topografía médica*, Antonio Codorniu precisa el objeto de sus observaciones: “por mi profesión y por mi destino, me veía a cada paso obligado a extender informes sobre asuntos de higiene pública” (1857; 11). La perspectiva higienista es pues el eje del libro. Se inspirará en el doctor en Michel Levy (1809-1872) (Levy, 1844) —médico del Emperador y de Sanidad militar y ex Director del servicio médico del Ejército del Oriente (1854-1855), entre otros títulos— a quien cita (1857; 112, 193, 194) y en su *Traité d'hygiène publique et privée* (1844), publicado en Madrid por la librería científica de Bailly-Baillière, obra que sigue el plano del *Traité d'hygiène* (1838) de Jean-Noël Hallé (1754-1822). Como Jefe de Sanidad militar, el autor lamenta el atraso que observa en las islas filipinas que quiere remediar para salvar vidas porque éste es el reto. Aspira a elevar a Manila al rango de las capitales europeas que simbolizan la modernidad con sus parques y paseos que permiten la circulación del aire, de la luz e invitan al ejercicio físico. Sobre el particular, Antonio Codorniu inserta uno de sus artículos publicado en *La Estrella* en 1849 sobre la ausencia de tal espacio de recreo en la Capital filipina (1857; nota 1, 284-286), ciudad que no honra al Imperio isabelino. El enunciado descriptivo sirve ahora de vector para impulsar las reformas que sugiere el higienista. Cuando por ejemplo aborda la cuestión central del agua, de su conservación, de la evacuación de las aguas sucias, de su consumo por los

habitantes que beben el “agua impura, sávida, apestosa, caliente y hasta pútrida, del río Pásig” (1857; 190) por falta de fuentes públicas de agua potable se subleva ante la incuria de las autoridades locales, dado que “en Filipinas no se acostumbra pedir consejos a la ciencia sobre este importante ramo de salubridad” (1857; 192). Entonces el enunciado descriptivo se plantea en términos de recomendaciones, de inconformidad con el concepto de Progreso.

37. Semejante desfase entre el ideal y la realidad concierne la condición del soldado en la colonia. Se sitúa Antonio Codorniu, como lo dijimos, en la tradición familiar, estando preocupado como su padre Manuel Codorniu y Ferreras, Director general jubilado del Cuerpo de Sanidad Militar, por la suerte del ejército de Ultramar. El enunciado descriptivo resalta los puntos positivos y negativos. Empieza con el problema de la aclimatación que favorece un viaje de cuatro meses y media desde Cádiz por el cabo de Buena Esperanza lleno de molestias (mareos, calores, mala alimentación, incomodidad del buque) cuyos efectos pinta e interpreta desde la teoría de los temperamentos que le conduce a afirmar “[...] que con variedad, según las condiciones individuales, llegan los europeos por esta larga vía en menor estado de superabundancia sanguínea que los que vienen por el istmo, y perfectamente preparados, con arreglo a los preceptos higiénicos, para la aclimatación” (1857; 113). Sigue deteniéndose en la influencia del clima, la inadaptación de los ejercicios o de las prendas de vestir pero sobre todo pone de realce la soledad y la nostalgia que se apoderan:

[d]el soldado español [que] se halla en Filipinas en una situación, a la verdad, bien triste. Los indios, acostumbrados a respetar el color blanco de su rostro, huyen de su sociedad, y las demás clases europeas se hallan separadas de él por motivos de jerarquía social; de modo que se encuentra en el país completamente aislado, sintiendo con particular dolor la separación de su patria y familia (1857; 264).

38. Tal estado depresivo explica la afición a la bebida y al sexo. En cuanto al soldado indígena, el autor subraya su inadaptación a la vida militar por motivos culturales: vestidos, comida, rigor de la disciplina (1857; 351).
39. Por encima, como lo vimos, la estadística de Manuel Rancés e Hidalgo, colega de Antonio Codorniu, completa este cuadro desolador con una tasa de pérdidas alta en la colonia hispana. Respecto al ejército, el enunciado descriptivo se dirige más bien al Gobierno de la Metrópoli, desconocedor de la realidad de las islas Filipinas, y transmite una súplica que

trasciende el mejoramiento de la condición militar cuando el Jefe de Sanidad, solidario de la tropa, exclama: “¡Mucho pudiera hacer el Gobierno para mejorar esta situación tan triste del soldado español, y mucho bien reportaría el mismo Gobierno asegurando la existencia de un cuerpo europeo tan necesario para la conservación de la Colonia!” (1857; 47). En efecto, en las observaciones recopiladas con minuciosidad, lo que importa es el fomento de una “tierra que ha merecido el dictado de *Perla de Oriente*” (1857; 10).

40. La *Topografía médica* desempeña un papel práctico que consiste en “poner en claro las circunstancias especiales de un país, que aún para los mismos dominadores es desconocido” (1857; 11). La declaración bien pone de manifiesto una pretendida superioridad europea sobre las poblaciones autóctonas que justifica y legitima la colonización. Llegado en 1844, Antonio Codorniu se implica en el desarrollo del Archipiélago como socio de número en la Sociedad Económica de Amigos del País de Manila desde 1848. Por eso redactor de *La Estrella*, como lo señala José Sánchez en *Escenas contemporáneas*, “se ocupó constantemente del fomento de su riqueza, insertando en sus columnas varios artículos sobre las reformas y mejoras materiales más importantes que reclamaba aquel país y más podían influir en el desarrollo de su prosperidad e intereses” (1858; 86).

41. Traslucen tales preocupaciones en el enunciado descriptivo que sirve para inventariar las riquezas de las islas filipinas e incitar a las autoridades a que las promuevan para el bienestar de sus habitantes y del Imperio isabelino. Más que el interés naturalista, la enumeración de las materias primas como “el arroz, el cacao, el coco, el algodón, el añil, el azúcar, la pimienta, el jengibre, la nuez moscada, el inapreciable abacá, el sibucáo o madera de tinte, y el mejor tabaco del mundo después del más escogido de Cuba” (1857; 14-15) remite a las exportaciones lucrativas que alimentan en la Metrópoli la industria alimentaria, textil, tabaquera y estimulan el comercio internacional —recordemos la ruta del galeón. Por otro lado, la vulgarización de las ideas higienistas mediante las observaciones en el terreno promulga un posible despegue de la agricultura relacionado con la gestión del agua que, con los numerosos ríos, facilitan la comunicación, el comercio, el abastecimiento. La reforma ideada se expresa con el giro hipotético y un condicional alentador como por ejemplo en esta propuesta de Antonio Codorniu:

Si estos esteros tan útiles para el tráfico interior estuviesen vigilados y corregidos por las autoridades locales, no hay duda que sus perniciosos efectos dismi-

nuirían muchísimo, y que se compensaría el mal que produjesen sus efluvios con los muchos beneficios que proporcionarían al comercio (1857; 82-83).

42. El autor se aproxima a la economía en términos de salud pública. Su discurso abandona la imparcialidad para modernizar las islas filipinas. Así concluye el capítulo que consagra el médico higienista a la tierra:

La agricultura permite una buena distribución de aguas; de manera que al arreglar un sistema de riegos que asegurase grandes frutos a los labradores, desaparecerían las mayores causas de enfermedad y degeneración de los animales. ¡Coincidencia inapreciable, que indica claramente la marcha que debe seguir una buena administración! (1857; 98).

43. Tal ausencia de neutralidad se encuentra también en el enunciado descriptivo connotado desde la perspectiva del colonizador triunfante. El discurso científico da lugar a una deriva racista ya perceptible en el vademécum inicial propuesto al lector rumbo al Archipiélago. Prevalece la idea de que los españoles, “los dominadores”, participan de “la carrera de la civilización” (1857; 257) y la teoría de los temperamentos ayuda a confirmar la supuesta superioridad del hombre blanco, europeo, de temperamento sanguíneo como lo confirma la medicina según la cual “los indígenas, entre quienes predomina el temperamento linfático, no sobresalen por las facultades de la inteligencia” (1857; 260). Antonio Codorniu adopta una posición ambigua, dividido entre su convicción íntima de la preeminencia del hombre español, su adhesión a una medicina todavía marcada por Hipócrates y Galieno, y su respeto a la verdad. Así cuando por ejemplo explica la buena vista de los autóctonos procura preservar un equilibrio con el reconocimiento del primor de los indígenas que, sin embargo, no borra la idea de la supremacía hispana:

Se dirá que el atraso intelectual en que se hallan los indios, les impide hasta cierto punto dedicarse a trabajos del género que más ataca al órgano de la visión; pero es preciso considerar que este atraso intelectual se refiere más a su limitada comprensión y sencillas costumbres, que a la ausencia de todo trabajo fatigoso de aquel sentido. La mayor parte de los indios aprenden a leer y a escribir, lo cual no sucede ni aún entre los pueblos más aventajados en la carrera de la civilización, y muchos se dedican a ciertas clases de industria que requieren gran trabajo de la vista, como son los dibujantes de planos, los escribientes, las bordadoras, los fabricantes de sombrero y petaca de paja, y los tejedores de piñas y de otras piezas de tela de exquisita finura (1857; 257).

44. En la *Topografía médica*, el descriptor científico lejos de atenerse a la neutralidad que pretende adoptar articula el enunciado en torno a la ideología del colonizador persuadido de impulsar la modernidad entre los filipi-

nos; una ideología que no se plantea en términos de ocupación, de presión sino de filantropía al deplorar “las dificultades que se oponen a los esfuerzos del Gobierno español para fomentar los adelantamientos del País” (1857; 41). Al avance hacia el Progreso se opone el inmovilismo “porque el indio no perfeccionará ni innovará las labores del campo, esconderá sus hijos para librarlos de la vacuna, y se dejará devorar de los caimanes”(1857; 41). Desde este modelo paternalista del colonialismo, tan inútiles resultan los esfuerzos de los misioneros que intentan convertir y “atraer a la vida civilizada a las tribus del interior” (1857; 40). En esta configuración de desigualdad racial<sup>8</sup>, conviven dos sociedades antitéticas: una avanzada y modélica frente a otra apática y refractaria. Pero las dificultades no deben frenar la mejora de vida por el bien de la Humanidad.

#### **4. El hombre: tema focal de lo descriptivo**

---

45. En efecto, el enunciado descriptivo remite a un tema central: el hombre. Pero no cualquier hombre sino el español porque, como acabamos de ver, es el “dominador” y no puede permanecer una larga temporada en las islas Filipinas en razón de la influencia del medio, es decir del clima, sobre su organismo. El mismo Antonio Codorniu tuvo que regresar a España al cabo de doce años por motivos de salud y probablemente para preservar la de su esposa, Ana María de la Encarnación de la Matta y García Presno (1830-1875) y la de sus hijos nacidos en Manila: Elisa (1848-1887), Manuel (1849-1867) y la futura escritora Julia (1854-1906). Sobre el tema obran al unísono los discursos de la medicina higienista y el de la religión católica para asentar la preeminencia de los metropolitanos:

En la pubertad o en la adolescencia debe aparecer deprimido en el europeo el predominio linfático, y aumentarse la actividad del sistema sanguíneo: esta es la feliz transformación que da al español en su país natal todo el lleno de las nobles condiciones con que el Creador dotó a sus ascendientes: esta es la feliz transformación por el clima que el clima de Filipinas estorba en la clase blanca y mestiza, condenándolas a conservar la energía linfática, tan útil en los primeros años como anormal y inusitada en las edades sucesivas (1857; 34).

46. Se teme una degeneración de los españoles y de los criollos, “llamados por antonomasia los *hijos del país*” (1857; 28), que expresa la analogía tópica de la planta europea que “se conservará lánguida, o perecerá antes

8 Es de recordar la publicación a mediados del siglo XIX de la obra de Joseph Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855).

del término que le correspondía” (1857; 35) en el terreno filipino. Por eso, en su informe, Manuel Rancés encara el problema de la colonización relacionándolo con la preocupante conservación de “la vida de los españoles, así del País como peninsulares” (1857; 332) porque de ellos depende la perennidad del Imperio hispano.

47. Esta vez, un enunciado descriptivo de tipo etnográfico y antropológico cimienta la idea de desigualdad racial. La taxonomía científica se pone de nuevo al servicio de la ideología que establece una jerarquización según “las razas, o si se quiere clases” que va de los “negritos, indígenas, chinos, mestizos de sanglei, mestizos españoles, [a] españoles del país, europeos” (1857; 29). Antonio Codorniu distingue en su catalogación de los indígenas filipinos cuatro variables: el color de la piel, la estatura, la robustez y el carácter. Cuanto más blancos son los individuos, más civilizados aparecen conforme con el ejemplo de los habitantes de Zamboanga (Mindanao) entre los cuales habrá mestizos “de raza blanca, europea y china” (1857; 24). El mestizaje “prueba el predominio generatriz, digámoslo así, de la raza europea sobre la indígena” (1857; 29) o sea que conforta la primacía desde la óptica genética. Los otros tres criterios presentan un interés pragmático: ¿cómo valerse de los indígenas filipinos para fomentar la colonia? Los ibanás, en cuanto a ellos, reúnen las cualidades del colonizado perfecto:

Su índole es apacible: son obedientes y amantes del europeo, cuya superioridad reconocen; [...] se dedican a la siembra y recolección del tabaco, no les impide ser los indios más valientes del Archipiélago, constituir en el ejército el mejor soldado de las Islas, y hacerse temer de los piratas moros, en términos de que estos rara vez atacan sus costas (1857; 22-23).

48. A esta visión de la colonización armoniosa se opone la descripción del salvaje, encarnación de las Filipinas fuera de la Civilización.
49. Se sitúa éste en el grado inferior de la escala humana y corresponde a “la raza de los negritos” (1857; 18). Antonio Codorniu hace de él un arquetipo del hombre primitivo que se nutre de las frutas y las raíces de la naturaleza donde vive, de la caza. El viajero investigador presenta e interpreta lo que ha visto desde el prisma de su cristianismo: para él este grupo humano está “gozando todas las delicias de la libertad salvaje, en medio de las privaciones a que Dios ha condenado a los hombres que no quieren fertilizar la tierra con el sudor de su rostro” (1857; 18-19). El trabajo, el sudor, la dominación del entorno natural se convierten en las cualidades del hombre blanco emprendedor, viva imagen de su Creador. En su prosopografía, el

descriptor científico busca la homogeneización al presentar un tipo de hombre negro mediante comparaciones identificables por el lector de la metrópoli: “El negrito se distingue por su color moreno algo más claro que el de los negros de Guinea, el cabello crespo aunque no tanto como el de éstos” (1857; 19). La etopeya, por su parte, completa el retrato del salvaje con la afirmación de que la inteligencia del negrito es “obtusa” (1857; 19); de lo que se deduce su “muchacha torpeza para las artes u oficios” (1857; 19). Por añadidura, el hombre primitivo concentra los clichés de la vileza relacionada con su baja condición: “Es traidor por cobardía y por el conocimiento de su inferioridad, y vengativo como todo salvaje, en quien las malas pasiones y hábitos no han permitido germinar los bellos sentimientos que ennoblecen al hombre” (1857; 19). De hecho, por contraste, la figura del salvaje realza la del colonizador, prototipo del hombre del siglo XIX, agente del avance de la Humanidad, portador de la Civilización. Como última prueba de desprecio, se cierra el enunciado descriptivo con la renuncia de consagrar a “los negritos” más espacio por su insignificancia: “Esta raza baja, que ningún indicio ha dejado de su dominación en el país, está ya tan reducida, que no merece que nos ocupemos más de ella, bastando citarla como una prueba viva de la declinación física y moral de los primitivos pobladores de Filipinas” (1857; 20). Como vestigio de otra edad de la humanidad, hubieran podido enriquecer las colecciones de daguerrotipos<sup>9</sup> etnográficos y antropológicos o entrar en los museos de esta clase que florecieron en el siglo XIX para fortalecer la supuesta superioridad del europeo.

## 5. Conclusiones

---

50. En la *Topografía médica*, el enunciado descriptivo invade la totalidad del texto. En él se entrecruzan diferentes tipos de discursos (médico higienista, topográfico, etnográfico, antropológico, botánico, etc.) a partir de diferentes perspectivas (científica, colonialista, religiosa, militar y administrativa). A este texto plural corresponde un narrador-autor polifacético que adopta varias posturas desde la del curioso viajero pasando por la del doctor o del soldado. A la par que Antonio Codorniu recorre el Archipiélago, se despliega el texto en la enumeración. Esta figura estilística parece la más apropiada a la taxonomía y sus arborescencias; responde a un deseo de

9 Se señala el descubrimiento de un daguerrotipo “realizado en Filipinas durante la década de 1840” (Guardiola, 2008; 103).

exhaustividad y permite dar cuenta de la exuberancia de la naturaleza filipina. En cuanto a la estadística y su lenguaje numérico, se pone al servicio del rigor científico que celebra la victoria de los hechos sobre las ideas falsas o la fantasía.

51. Guiado por su amor a la Patria y a la Humanidad, el Jefe de Sanidad militar supedita el texto a distintos fines y entonces hace del enunciado descriptivo un medio para informar y clasificar, mejorar las condiciones de los hombres que pueblan las islas a fin de salvar vidas, reformar con objeto de fomentar la colonia y contribuir a la prosperidad del Imperio hispano.
52. El enunciado descriptivo se ancla en la época de su escritura. Es el reflejo de un momento histórico en la década de los años de 1850 visto por un forastero, un español ilustrado que descubre unas tierras poco conocidas; un momento en la historia de las ciencias con la medicina de los temperamentos o la defensa de los principios higienistas. “Es el fruto de un trabajo desinteresado” (1857; 6) que recoge las utopías decimonónicas que justifican y legitiman la colonización por los europeos, portadores de la Civilización en el avance de la Humanidad hacia el Progreso en el Imperio hispano. Sin embargo, pese a su sello temporal, la *Topografía médica* permanecerá una obra de referencia como lo subrayará el doctor D. Manuel Iglesias y Díaz en 1886: “De los estudios que acerca del archipiélago filipino han hecho diferentes médicos y naturalistas, citaremos especialmente los de los Sres. D. Manuel Rancés Hidalgo y D. Antonio Codorniu, entre los primeros y los de los doctores Carlos Semper y Drache y del ingeniero D. Ramón Jordana entre los segundos” (163). Además, en las distintas necrologías consagradas al Jefe de Sanidad militar, se considerará la *Topografía médica* como su obra maestra y se mencionará cada vez que se tratará de rendirle homenaje (*La Iberia*, 1892; 4).
53. En cuanto a la literatura a la que nos referimos al empezar este artículo, destacaremos la relevancia que dará más tarde Emile Zola a la influencia del medio sobre el individuo, inspirándose en el médico Claude Bernard:

Nous estimons que l'homme ne peut être séparé de son milieu, qu'il est complété par son vêtement, par sa maison, par sa ville, par sa province; et, dès lors, nous ne noterons pas un seul phénomène de son cerveau ou de son cœur, sans en chercher les causes ou le contre-coup dans le milieu (1881; 228).

54. En 1853, el enunciado descriptivo del científico Antonio Codorniu no mostró otra cosa en su *Topografía médica de las islas filipinas*.

## **Bibliografía**

---

CODORNIU Y NIETO Antonio, *Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina de Madrid en la recepción pública del doctor don Antonio Codorniu el día 28 de marzo de 1864*, Madrid, Imprenta de M. Rojas, Pretil de los consejos, 3, Pral., p. 5-21.

\_\_\_\_\_, *Topografía médica de las islas Filipinas*, Madrid, Imprenta de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, calle de la Colegiata, número 6, 1857.

DE LA CONCHA León, “Tipos filipinos”, *Semanario Pintoresco Español*, núm. 37, 13 de setiembre de 1857, p. 239.

*Diario oficial de avisos de Madrid*, núm. 359, 23 de febrero de 1858, p. 4.

GUARDIOLA Juan, Catálogo de la Exposición Nacional *El imaginario colonial. Fotografía en Filipinas durante el periodo español 1860-1898*, Museum of Filipino People, Manila, 27 de noviembre de 2006 - 28 de febrero de 2007.

GUERRA Francisco, “Manuel Codorniu Ferreras (1788-1857). Azares de un médico liberal en la sociedad hispanoamericana del siglo XIX”, *Medicina e Historia*, núm. 30, Barcelona, Diciembre 1973, p. II-XVI.

HAMON Philipe, *Du descriptif*, Paris, Hachette Livre, 1993.

IGLESIAS Y DÍAZ Manuel, Dr., *Discurso leído en la solemne sesión inaugural del año de 1886 en la Real Academia de Medicina por el doctor D. Manuel Iglesias y Díaz académico numerario de la misma*, Madrid, Imprenta de Enrique Teodoro, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, ocho, 1886.

*La Iberia*, Año XXXIX, núm. 12654, 15 de enero de 1892, p. 4.

LEVY Michel, *Traité d'hygiène publique et privée*, Paris, J. B. Baillière et Fils, Librairie de l'Académie impériale de Médecine, Londres Hippolyte Baillière, Madrid C. Bailly-Baillière, [1844] 1869.

MARTÍNEZ ANTONIO Francisco Javier, “Salud pública e Imperio en la España Isabelina (1833-1868): el caso de la sanidad militar”, *História, ciências, saúde – manguinhos*, vol. 13, núm. 2, abr.-jun. 2006, p. 439-475.

MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ Laura, “Manuel Codorniu Ferreras (1788-1857)”, *200 emprendedores mexicanos. La construcción de una nación*, dirigido por Leonor Ludlow, coordinado por María Eugenia Vázquez Semadeni, cap: de Madrid, Barcelona, México D.F. Monterrey, Nueva York, Londres, Munich, LID, 2010, p. 91-95.

OLMEDILLA Y PUIG Joaquín, “Sucinta reseña biográfica del académico D. Antonio Codorniu y Nieto Samaniego leída en las sesiones literarias de 13 y 27 de febrero de 1892”, in *Anales de la Real Academia de Medicina*, Tomo Duodécimo, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, impresos de Cámara de S.M., Don Evaristo, 8, 1892, p. 33-54.

PÉREZ DE LA FANOSA Eduardo, “Necrología. Los que nos precedieron. D. Antonio Codorniu”, *Revista de Sanidad Militar*, Año VI, Madrid, núm. 111, 1.º de febrero de 1892, p. 43-48.

SÁNCHEZ José, “El Dr. Antonio Codorniu y Nieto”, *Escenas contemporáneas*, publicado bajo la dirección de Don Manuel Ovilo y Otero, Tomo IV, Madrid, Establecimiento tipográfico de D. A. Vicente, 1858, p. 81-91.

TOURTELLE Etienne, HALLÉ J. N., *Traité d'hygiène*, Paris, Chez M. Gautret, 17, rue Servandoni, 1838.

ZOLA Emile, *Le roman expérimental*, cinquième édition, Paris, G. Charpentier Éditeur, 13, rue de Grenelle-Saint-Germain, 1881.